

## CENIZAS

### I

Ingeniero.- Desahijar.

Papá.- Es lo mismo con los hijos.

Mamá.- Véndele la bicicleta.

Papá.- Porque si no, como sea se nos van a morir.

Esposa.- ¿Yo qué?

Papá.- Es lo mismo con los hijos.

Ingeniero.-Almácigo.

Mamá.- Así es como duermen los niños cuando una los quiere.

Esposa.- ¿Yo qué?

Fabian.- ¡Chivooooo!

Ingeniero.- Almácigo.

Fabian.- ¡Chivooooo!

Ingeniero.- Almácigo.

Todos.- ¿Almácigo?

Ingeniero.- Como una cuna.

Todos.- ¿eeeh?

Ingeniero.- Como una cuna para nuestras plantas.

Todos.- ¡aaah!

Ingeniero.- Donde germinan semillas a granel.

Tío.- A todo dije que sí  
tratándose de bondad  
de luz, de amor, de verdad;  
yo la gloria merecí.

Papá.- Préstame para una caguama.

Ingeniero.- ¿Cuándo me vas a pagar?

Papá.- Cuando venga el Chacho.

Todos.- Ja ja ja ja ja.

Fabián.- ¡Chivooooon!

Ingeniero.- Saca su pistola y mata a Fabian.

## II

“Adulto por la escena del recuerdo” Carlos Barral.

Niño.- Diez años.

Hoy que tengo 54 años, recuerdo estas cosas como si estuvieran sucediendo frente a mí, en estos momentos. Yo tengo diez años y veo a mi madre comiéndose la ceniza del cigarro. Toma el cigarro entre los dedos medio y pulgar, con el filtro apuntando hacia el huequito que se forma en la palma de la mano, y el fuego expuesto al exterior; luego, mi madre saca la lengua y con el índice da tres golpecitos y hace caer la pavesa al centro de su boca. Después saborea la ceniza como si fuera un manjar.

(Mi padre dice –y yo me acuerdo-, que a veces no calculaba bien y)

La brasa toca su lengua, y entonces esta hace un chirrido así como el que hace la plancha cuando le pasas rapidito el dedo húmedo para saber qué tan caliente está, algo así como tschrrrch, tschrrrch... quién sabe cómo.

### III

Esposa.- Yo qué, yo ni sabía de qué me estaba hablando. Él siempre fue muy tranquilo, ni tomaba ni nada.

Mamá.- Así es como duermen los niños cuando una los quiere.

Ingeniero.- Almacigo.

Papá.- ¿Almacigo?

Ingeniero.- Como una cuna.

Papá.- ¿eeeh?

Ingeniero.- Como una cuna para nuestras plantas.

Papá.- !Aaah!

Ingeniero.-Donde germinan semillas a granel.

Papá.- ¿Y qué con eso ingeniero?

Ingeniero.- Desahijar. Es como quitarles las hijas a una planta. Quitarle las pequeñas plantas que crecen alrededor, con el fin de que tenga más alimento la planta principal.

Papá.- Eso hacemos todos los días con el algodón, con el tomate. Cuando los sacamos de los almacigos para trasplantarlos en la madrugada.

Ingeniero. No es lo mismo el algodón que el tomate. La semilla del algodón se siembra directo en el surco, y crecen a granel tantas plantas que es como si se quisieran comer entre ellas; y tú tienes que sacrificar puños de estas para que sobrevivan las más fuertes.

Papá.- Porque si no, como sea se nos van a morir.

Ingeniero.- Pues sí. Véndeme la bicicleta.

Papá.- No.

Mamá.- Véndele la bicicleta.

Papá.- No.

Mamá.- Yo le dije: véndele la bicicleta.

Papá.- No, no. No, no, no...

Mamá.- Con ese dinero compramos las medicinas, y con el favor de Dios seguimos adelante. Y él me dijo:

Ambos, Papá y Mamá. - No, que no, que no, que no puedo, que sin la bicicleta cómo voy a ir a trabajar y sin trabajo no tengo dinero, y sin dinero se me mueren los otros cuatro. Voy a hacerle caso al ingeniero...

Papá.- Pero no vendiéndole la bicicleta.

Mamá.- Sino desahijando.

Ambos.- Para que los otros crezcan sanos.

Mamá.- Él dice que así es con las plantas, que es cosa de la naturaleza,

Ambos.- Porque si no, como sea se nos van a morir.

Mamá.- Y dejó morir al xocoyote.

Papá.- Desahijar.

Mamá.- Yo no sé lo que sea desahijar para las plantas, pero en el ganado es apartar a las crías de las madres, tan es así que se dice “deshijar”. Apartarlas, no matarlas.

Papá.- ¡Yo no lo maté!

Mamá.- Pero lo dejaste morir, que es lo mismo.

Papá.- Pero mira los otros cuatro: ahí están, vivitos.

#### IV

Esposa.- Yo qué, yo ni sabía de qué me estaba hablando. Él siempre fue muy tranquilo, ni tomaba ni nada. Imagínese, el primer profesionista de por acá; su madre estaba orgullosísima de él. Era la burla del pueblo, la señora, mi suegra, porque no presentaba a su hijo como Mario, ni como “mi hijo”, ni como “mi hijo Mario”, no, se aventaba de corridito la cantaleta: “Este-es-Mario-mijo-el-ingeniero”; así: “Mario-mijo-el-ingeniero” pa’ acá y “Mario-mijo-el-ingeniero” pa’ allá. Imagínese, todo el mundo se reía de ella, y todos se mofaban de la frasecita. Hasta el papá del loco, de “el atarantado”, que es un bárbaro, imagínese, agarra al loquito de las greñas y dice “este-es-‘el-atarantado’-mijo-el-loco”. Qué es eso oiga. Y todos burlándose en las dizque presentaciones: “Te presento a Carmela-mi-sobrino-la-puta” “Este es Wilfrido-mi-hermano-el-pendejo”, “Él es el ‘charrascas’-mi-primo-el-puñetero”; “Él es Mario-mijo-el-ingeniero”. Pero ese día, Mario, mi marido, el ingeniero, se volvió loco.

## V

Ingeniero.- Sacamos del almácigo las plantas de tomate y las trasplantamos directo en el surco; deben tener mucha agua porque si no, se secan. Y tienen que tener un espacio como de veinte centímetros entre planta y planta... no creas, tiene su chiste: pones la ramita en la planta de tu mano, con la raíz sobre los dedos y luego la hundes en el lodo con un movimiento fuerte. Así. Sin competencia que lo estorbe, el hijo queda protegido y va a crecer fuerte y sano.

Papá.-Présteme para las medicinas.

Ingeniero.-¿Cuándo me vas a pagar? ¿Cuándo venga el Chacho?

Todos.- Ja ja ja ja ja...

Esposa.- Lleven a su niño, el enfermito, con un curandero, con otro doctor, con el cura. Recen. No pierdan la fe, háganle la lucha por todos lados, nada se pierde. Recen mucho. Vayan a la iglesia, con el cura, no pierdan la fe.

Tío.- ¿Cura?                    Cura que sin castidad  
    vive con desenvoltura  
    para que le llaman “cura”  
    si es la misma enfermedad.

## VI

Niño.- Yo crecí creyendo que había un pueblo donde todos hablaban en verso. Eso me vino de mi tío quien me lo aseguró con tal certeza que yo me lo creí. Sí, sobrino, me decía, la primera vez que yo llegué a ese lugar, ah ya me acordé, se llama Montesinos, sí, Montesinos me acuerdo porque en la entrada al pueblo hay un letrero de madera pintado con letras verdes, así como saliendo de una cuevita; lo recuerdo muy bien porque tenía borrada la letra s y yo no sabía si estaba llegando a Montepinos, a Montelinos, a Monteminos o a dónde carajos (así era mi tío, llenaba de detalles sus mentiras para que parecieran verdad). Nomás entrando sobrino, me contó, me encontré a dos viejitos peleándose, de barba canosa los dos, como setenteando, y uno le grito al otro:

Desde la Nueva Galicia,  
Chabelo te ando buscando,  
para darte una noticia  
de una que te está esperando

y el otro, sobrino, le contestó:

Sígueme nomás chingando.

Y por ahí se fueron, sobrino, insultándose en verso. Se hubieran agarrado a chingazos, sino es porque yo agarré la onda, y les pregunté, para distraerlos:

Si entre la e y la i  
no hay una letra legible  
¿Monteinos es posible  
que sea el bautizo de aquí?  
Vamos a darte el consejo  
que se les da a los sobrinos,

Me contestaron a dúo, como verseando al parejo,

pon la s y Montesinos

brillará ante ti, pendejo.

Y cuando mi tío decía eso de que se les da a los sobrinos, me volteaba a ver con una sonrisa socarrona. Ese era mi tío Edmundo. Por eso, yo creo que él vivía haciendo versos para todo.

## VII

Ingeniero.- El chacho, era el pagador de los jornaleros agrícolas del valle de Guasave; tú pedías un préstamo y prometías pagarlo “cuando venga el Chacho”. Y sí, venía el Chacho, te pagaba, y tú pagabas. Un día, el Chacho se mató en su camioneta cuando iba a los ejidos con el dinero de la paga. La gasolina se salió al estrellarse el tanque contra una roca... y luego, una chispa.

De entonces para acá, hasta la fecha, es broma de la raza cabrona, cuando pide prestado, responder riendo si lo cuestionan sobre el plazo del pago: “cuando venga el Chacho”, que es como decir “nunca”: el Chacho, con todo y el dinero, se redujo a cenizas.

## VIII

Mamá.- Ya ni me acuerdo lo que hice. Vendí unas gallinas que tenía, creo. Me subí al camión con mi hijo en los brazos, ardiendo en calentura, y llegando les grite a los del Seguro Social para que me lo atendieran. Lloro, todo el camino lloró mi hijo. Se quejó, lloro. Con su pancita inflamada mijo. Que se había infectado todo por dentro, eso me dijeron. No me acuerdo de la palabra.

Papá.- ¡Septicemia!

Mamá.- No me voy a acordar.

Papá e Ingeniero.- ¡Septicemia.

Mamá.- Me quiero acordar y no puedo.

Papá, Ingeniero y tío.- ¡Septicemia!

Mamá.- Menos de veinticuatro horas me duró mijo. Veinticuatro horas en las que yo estuve ahí, con él, cuidándolo, sin pegar los ojos, ni probar bocado.

Se acercó un doctor y me dijo, así, seco: no llore, aguántese si tiene ganas de llorar por lo que sabe que le voy a decir; aguántese, no llore; si llora no la van a dejar salir con su hijo. Es que yo les había dicho que ni tenía dinero ni sabía cómo hacer el papeleo, los trámites, todo eso, que si pasaba algo malo, me dieran pa'tras el cuerpo de mi niño y ya; que yo me encargaba, que yo lo cargaba de regreso, sin avisar a nadie ni nada, que sabría qué hacer. Por eso el doctor me dijo: no llore cuando escuche lo que ya sabe qué. Y lo escuché al doctor, así, frío, seco, a lo bruto: ya se murió su niño; y no llore, no llore. Y no lloré, no lloré. Apreté los dientes. Los apreté para no aullar, porque eso quería yo, aullar: porque gritar, llorar era poco para lo que yo sentía. Aullar. Y me aguanté. Quería morirme yo también pero me aguanté. Mi niño más chiquito, mi xocoyote.

Luego vino una enfermera y me lo entregó envuelto en una sabanita blanca: “Listo, su niño ya está bien, ya se alivió, ahora está bien dormidito, descansando”. Me dieron ganas de vomitar. Con voz dulce la enfermera, gritando un poquito para que todos la oyeran:

Mamá y enfermera.- ¡Listo!, su niño ya está bien, ya se alivió, ahora está bien dormidito, descansando.

Mamá.- Y mi hijo muerto. Y yo diciendo: muchas gracias, gracias por salvarlo; sin poder llorar, sin poder gritar, sin poder aullar, sin poder vomitar. Me salí con el cadáver de mi hijo en brazos, poniendo cara de satisfacción, porque, pues, ya estaba bien.

Algo se me quebró con Alberto, ya no fue lo mismo; yo creo que debió vender la bicicleta.

Esposa.- Llévelo con un curandero. Agoten todas las posibilidades, total, nada se pierde. Recen mucho, vayan a la iglesia hablen con el cura.

Tío.- ¿Cura?

Esposa.- Llámelo como quiera, cura, sacerdote.

Tío.- Yo saco mis conclusiones:  
sa y cerdote de la mano,  
entonces es un marrano  
de estupendas proporciones.

Vecino.- Qué bonito está su hijo, qué bueno le salió para dormir.

Mamá.- Así es como duermen los niños cuando una los quiere.

Vecino.- No es nada latoso, ni se mueve.

Mamá.- Así es como duermen los niños cuando una los quiere. De eso sí me acuerdo bien; que me subí a un camión con mi hijo en brazos, bonito mi niño como era él, y todo mundo me lo chuleaba por lo bien portado y por lo bueno para dormir.

Esposa.-Llévelo a “Las Quemazones”...

Todos.- ¿Las Quemazones?



## IX

Esposa.- A mí no me lo contaron, yo lo vi. Puso a su niño sobre la cartera.

Todos.- ¿Cartera?

Esposa.- Cartera se llama la lámina esa donde pones el pan antes de meterlo a cocer. Ahí puso al niño y lo metió al horno. Lo único que no hizo igual que si su niño fuera el pan, fue sacar las brasas del horno antes de meterlo. No. Con las llamas a pleno incineró a la criatura. Fue muy raro, como si ella también estuviera muerta. ¿Si soy clara? Como ida, como autómeta. Nada más un gesto frío, duro, en la cara, como una máscara, o así parecía, porque la cenecita que se desprendía de los huesos de lo que fue su hijo, le caía en la cara y aquí y allá se la ensombrecía de gris. Le ponía la cara umbría; sí, umbría es la palabra. Alguna vez se la oí a mí marido, y creo entender que era por algo así: “umbrío por la pena”. Sí, sí, él, como era estudiado, a veces decía versos. Ah, sí, sí, ya me acordé lo que sigue: “porque la pena tizna cuando estalla”. Y algo muy raro: estaba fumando, y de golpe se comió la ceniza del cigarro.

Mamá.- Fue como un impulso, vi las cenizas de lo que era mijo, hecho ya un montoncito sobre la cartera, y sentí el impulso de atesorarlo para siempre, de tenerlo conmigo, de comérmelo, y justo en ese momento vi la larga pavesa del cigarro y me la comí. Sí, como un robot, sin pensarlo me la comí. Desde entonces me quedó ese vicio: me como la ceniza del cigarro. Hasta la fecha, sigo igual; sin darme cuenta, como si alguien me lo dictara, me como la pavesa del cigarro. A veces no le calculo bien, y acerco demasiado la braza y me quemó la lengua; mire, mire.

## X

Esposa.-Se me llenó la boca de ceniza, me estaba ahogando.

Ingeniero.- Y ahí vengo, de regreso al ejido. Pendejo tenía que ser.

Fabián.- Rapidito y muchas veces: joto, cuñado, puto, chivo, chivón.

Mamá.- compre estas medicinas, me dijeron, y se las trae corriendo, aquí no hay, el hospital no las tiene. Es urgente.

Ingeniero.- Véndeme la bicicleta.

Mamá.- Deshijar.

Papá.- Mi intención, mi consuelo, fue siempre la esperanza de ver crecer sanos a los otros cuatro.

Ingeniero.- Ten, cárgalo siempre contigo, no te bañes nunca, puta.

Mamá.- Ni un segundo de vergüenza tuve, me fui a la calle y estiré la mano: para la medicina de mi hijo, para la vida de mi hijo, lo que quiera, lo que pueda darme.

Papá.-Ingeniero...

Ingeniero.- Mmmmnn?

Papá.- Présteme para las medicinas de mi hijo.

Ingeniero.- ¿Y cuándo me vas a pagar?

Todos.- Cuando venga el chacho, ja ja ja ja ja...

Esposa.- Hasta la fecha, no le guardo rencor, no estaba en sus cabales, se volvió loco.

Papá.- Que es doloroso, que sufrió mucho; eso me dijeron. Luego supe: septicemia se llama.

Mamá.- No me voy a acordar, quiero acordarme pero no puedo.

Papá.- Septicemia.

Tío.- No se puede, no, querida  
transitar sin sufrimiento;  
dale las penas al viento  
y ponte a vivir la vida.

Mamá.- Cuando volví con las medicinas, ya no había pa' qué. Una enfermera me lo entregó  
envuelto en una sabanita blanca

Mamá y enfermera.- Listo, su niño ya está bien.

## XI

Esposa.- Yo qué, yo ni sé de qué me estás hablando. Yo qué...

Ingeniero.- Bien que sabes pero te haces mensa. O de dónde iba a sacar ese imbécil lo de chivo. Chivo. Chivón, me grito: no una vez sino tres. Chivón. Delante de todo el mundo. Por algo sería, ¿no? Desde cuándo te estarás acostando con él y yo ni en cuenta.

Vecino 1.-Eso estuvo muy feo.

Ingeniero.- Pero eso es lo que querías, esa vida es la que te gusta. Me mato todo el día trabajando para que vivamos como gente decente, pero el ambiente de putería es lo que te gusta, es lo que les gusta a las de aquí.

Vecino 2.-Hasta la fecha se recuerda eso, y las murmuraciones siguen.

Ingeniero.- Yo tengo la culpa; no sé por qué chingados regresé a este mugrero. Allá donde estudié debí quedarme. O de ahí para arriba y ya no regresar. Ah, no, pero pendejo tenía que ser.

Vecina.- Eso fue una infamia, pobre mujer. No se lo merecía.

Ingeniero.- Quise ayudar a mi ejido, y casarme con una de aquí, para que así me pagues.

Vecino 2.- Fue duro, y todo por esa mañita que tienen aquí de burlarse de todo mundo.

Vecino y vecina.- ¿Burlarse?

Vecino 2.- Bueno, burlarnos. Gritamos cuñado, joto, puto, chivo, chivón.

Ingeniero.- Ahora ve lo que me hiciste hacer: matar a ese pendejo por culpa de tus puterías.

Vecino 1.- Uy, sí, te gritan cuñado, joto, puto, chivo, chivón. Y la gente ya está acostumbrada, pero el ingeniero perdió la costumbre, como salió mucho tiempo del ejido cuando se fue a estudiar, no entendió el chiste y mató a este pobre muchacho.

## XII

Niño.- Quería pasar a la posteridad mi tío. Y ya había diseñado la ruta, como él decía. “Y ya la recorrí casi toda, nomás me falta un trámite”. Ese trámite consistía en decir una frase solemne, grandiosa, justo antes de su muerte; entonces los que estuvieran cerca de él en el trance postrero (lo de “trance postrero” son palabras de él) se impresionarían y de tanto contar la maravilla de sus últimas palabras, estas se harían populares y andarían de boca en boca, y el mundo –o al menos los mexicanos- las repetirían tanto que acabarían preguntando por el nombre del autor: Edmundo Etchegaray. Luego las podrían en placas por todas las plazas públicas y por todas las universidades.

Luego pulió la idea original con aquello de que las diría en verso. “Es más complicado que te esté cargando la chingada y puedas pensar en verso, sobrino, me decía, pero a mí me da pa eso y más.

Y ensayaba

Tío.-                                   De la nada vine al mundo  
  
  y del mundo iré a la nada,  
  
  porque este mundo ya es nada  
  
  y ya va a la nada Edmundo.

Niño.- Y ensayaba su muerte, cómo se desplomaba y todo; porque diría sus últimas palabras de pie, según él, a lo grandielocuente, como si supiera con certeza cómo se iba a morir. Cruzaba los brazos después de la frase y se desplomaba. Y casi a diario ensayaba.

Tío.-                                   El saber sin el humor  
  
  ni es humor ni es saber,  
  
  lo tienes que comprender:  
  
  ese saber es tumor.

Niño.- Mi tío.... Hacía un escándalo después de cada ensayo...

Tío.- Edmundo, Edmundo, para presidente del panteón, candidato a la rotonda de los hombres ilustres, benemérito de los eméritos...

Niño.- Ya sabrán como terminó esta historia... pero eso lo recordamos al rato.

### XIII

Papá.- Para la gente es muy fácil hablar. Como si supieran más que uno; como si sintieran más. Pensé que cuando viera jugar, crecer, trabajar a mis otros hijos, se me iba a olvidar mi niño, mi xocoyote.

Ingeniero.- Desahijar. Véndeme la bicicleta.

Mamá.- Véndele la bicicleta. Deshijar.

Papá.- Que ni siquiera lo fui a ver, que no acompañé a su mamá, que la dejé sola cuando lo llevé al Seguro Social. Y peor, que no estuve con ella cuando lo quemó. Se les hace fácil, pero no podía; si el que se estaba quemando era yo. Yo nomás me callo, pues qué puedo decir. Se endurece uno, se apiedra uno cuando la gente es lenguona. Ni que no fuera mijo también; mi xocoyote. Lo que nadie sabe es que no duermo, me quedo todas las noches con los ojos pelones, pensando en mijo, oyendo voces que me gritan que venda la bicicleta.

Mamá.- Deshijar. Así es como duermen los niños cuando uno los quiere.

Ingeniero.- ¿Y cuándo me vas a pagar? Desahijar.

Papá.- Y pienso, ¿se hubiera salvado mijo?, ¿estarían vivos los otros cuatro? Porque no la vendí, ¿lo maté?

Mamá.- Pero lo dejaste morir, que es lo mismo. ¿Si sabes por qué me como las cenizas?

Papá.- No estoy seguro. No estoy seguro de nada. Fue un sacrificio que había que hacer. Eso me digo para consolarme. Pero la mera verdad nada me consuela; ni el compa que me dijo que es duro pero necesario, que hay que hacer sacrificios, que hasta en la biblia está. Que Dios le ordenó a no sé quién que matara a su hijo para salvar a todos. Y a mí ¿eso qué?, eso no me consuela. Cuando decidí el sacrificio de mijo, quedarme con la bicicleta, tenía mucho temor, y temblaba. Ahora no duermo, no como, estoy hecho polvo. La gente nomás habla por hablar.

Vecino 1.- Él lo mato, prefirió la bicicleta.

Vecino 2.- No tuvo los pantalones para acompañar a la mamá.

Vecina.- ¿Si sabes por la señora se come la ceniza?

Vecino 1.- Ni las cenizas quiso ver. Ahí se la pasa como menso todo el día.

Papá.- Yo no lo maté...

Mamá.- Pero lo dejaste morir que es lo mismo.

## XIV

Ingeniero.- Aquí no hay jerarquías, aquí no hay respeto, aquí no hay admiración por nada ni por nadie. Todo se les hace fácil. ¿Saben lo que me costó abrirme paso entre tanta hierba mala para sobresalir? Los desvelos de mi madre, sus sacrificios, sus ahorros, sus consejos, sus palabras de aliento: “sepárate de esa manada hijo, está enferma y te va contagiar; sal, busca otros horizontes”. Mis miedos a lo desconocido; está chamaco uno y se atiene al repecho de la madre, se niega al destete. Hasta que por fin te animas, vuelas solo, sales a estudiar, a prepararte, a ser alguien, como se dice. A los dos días te quieres regresar, y ahí está la pobre vieja, animándote: “no quiero que termines como todos, seco a los treinta años, enjuto, muerto de hambre, y con una bola de chamacos que no tienes ni pa’ darles de comer y que cuando se enferman no hay pa’ las medicinas ni pa’l doctor y terminan muriéndose. No mijito, ponte a estudiar, ingeniero agrónomo cuando menos, para que entonces sí, cuando regreses, sea con la frente en alto, cuando tengas algo que ofrecer, en lugar de andar mendigando a otros que están más jodidos que tú. No mijito, ándele, va pa’ tras, regrésese a la universidad”. Y ahí iba yo, de regreso, con la cola entre las patas. Hasta que me faje, me acostumbre y terminé la carrera. Me sacó adelante, como acostumbra decir. Pobre de mi madre. Y todo para qué, para que ahora, justo por eso sea la risión de todos; por aquella idiotez de Mario-mijo-el ingeniero. Porque aquí, parece que ven toda preparación, todo deseo de superarse como una tara, como signo de debilidad, de mariconería; por lo bajo, cantadito, sin dejarse ver ni saber de dónde vienen las voces, uno recibe el insulto; me gritan joto, puto, chivo, chivón. Como si la violencia, la majadería, el gesto bravucón fueran el valor supremo, y la razón y el pensamiento cosa de pusilánimes. Quieres hablar con ellos para arreglar de buen modo los problemas y se niegan, se ciegan. ¿No hasta acuñaron esa frase de “para qué platicamos si esto lo podemos arreglar más fácil a putazos”. O el otro que grita con mucho orgullo: “yo soy como los burros, me gusta arreglar las cosas a patadas”. Y sueltan todos la carcajada como si fuera un gran chiste.

Así se me fue llenando el hígado de piedritas, hasta que pasó lo que pasó. Y aquí estoy, ahora sí, detenido, sin más horizonte que una pared, sin más tiempo que la parálisis. Enjuto, seco. ¿Cómo fue que me volví loco yo también? Me ofusqué, se me nubló la razón y cometí esa estupidez. Pues es que me gritaron chivo, chivo, chivón; no una vez, sino tres veces. Chivo,

chivo, chivón. No es el encierro lo que me mata, sino lo que le hice a mi pobre mujer. Eso es lo que me desvela. Y la tristeza de mi madre: yo, Mario, su hijo, el ingeniero, me volví loco.

Míreme ahora, Hecho un viejito en cosa de nada. Seco, enjuto. Míreme la piel: ceniza. Nomás porque no tengo el modo, si no ya me hubiera matado.

## XV

Esposa.- Yo qué, yo ni sabía de qué me estaba hablando. Aquí está, me gritaba, aquí lo tienes, tal como lo soñaste, siempre contigo, pegado a ti.

Vecino.- Sí, eso se supo pronto, por boca del propio ingeniero. Él mismo lo contó, con lujo de detalles.

Esposa.- Aquí está, me gritaba como loco; aquí está, mientras me aventaba la ceniza, o me la untaba en el cuerpo. Y no te bañes nunca, no te lo quites, atesóralo contigo, cumple tu sueño. Así, con los ojos desorbitados, él, que siempre había sido tan tranquilo.

Vecino.- Ya cuando vino a entregarse, era otro; o más bien era el ingeniero de siempre: tranquilo, sereno, paciente. Como aññado nada más, sí, eso, como un niño regañado contó toda la historia. A ratos lloraba, y todo el tiempo pedía perdón. No sé qué pasó, decía, no sé qué pasó.

Ingeniero.- No sé qué pasó. Clarito vi a mi esposa acostándose con él. Cuando escuché chivón, lo vi clarito, sin duda alguna. Fui por la pistola y le disparé. Todo me decía que había hecho lo correcto. Si tu mujer te engaña, mata al que te humilla. Así que eso lo arreglé así, como les digo. Después, en mi locura, decidí que la humillada debía ser ella. Perdón, perdón, lo que pasa es que no era yo, estaba fuera de mi perdón. ¿Si puedo hablar con ella? ¿Puedo pedirle perdón?

Esposa.- Yo qué, yo ni sabía de qué me estaba hablando. Yo nomás sentía que me asfixiaba con la ceniza.

Vecino.- Era la ceniza de Fabián, el que le gritó chivo, chivo, chivón. Él mismo lo contó. Después que balaceó a Fabián, huyó, se escondió entre las parcelas, y desde allí pudo ver, dos días después cómo lo enterraban, dónde en cuál tumba. Y lo planeó todo.

Ingeniero.- Fui en la madrugada a mi almacén, saqué una pala, cerillos y gasolina. Lo desenterré, y con arbustos secos y la madera de unas cruces viejas que metí dentro del ataúd, lo quemé. Mientras ardía, no sé por qué, pensaba en que hay una técnica para tatemar los chivos y que conserven el sabor, que se llama justo así: al ataúd. “Vamos haciendo un chivito al ataúd”, decimos. ¿Por qué pensaba yo en eso? Pues porque estaba loco, me ofusqué, me cegué. Perdón. ¿No ha venido mi mujer?

Esposa.- Me aventó a la calle así, desnuda y toda llena de ceniza. Y yo sin saber qué estaba pasando, de qué me estaba hablando.

Vecino.- Pobre mujer, deambulando desnuda en la madrugada. Todo el mundo se enteró, pero nadie le quería abrir la puerta por miedo. El ingeniero estaba loco, y podía hacer cualquier cosa.

Ingeniero.- Horas lo vi arder. Se quemó la madera, las ramas secas, se quemó el ataúd, se quemó el cuerpo. Yo tenía lista la bolsa, tomé las cenizas y fui a restregárselas a mi mujer. Pobre, ella ni sabía qué estaba pasando. No entendía.

Esposa.- Yo lo vi venir y me dio gusto. Pensé que venía por la protección de la esposa y estaba dispuesta a dársela; hasta le abrí los brazos. Me empezó a jalonear y a quitarme la ropa. Y más te vale que no te defiendas, me dijo. Después me aventó a la calle y salió corriendo atravesando el corral.

Vecino.- Después la aventó a la calle, desnuda y toda encenizada. Con las cenizas de Fabián encima.

Ingeniero.- Con las cenizas de Fabián encima. Ya sé, ya todos me dijeron, ya sé. Fabián era un ocioso, pero no tenía malicia. Un enfadoso nomás, como se dice. Sí, ya sé, ya sé; le decía lo mismo a todo el mundo. A todos les gritaba cuñado, joto, puto, chivo, chivón. Ya sé, ya sé, a mí mismo me lo había dicho muchas veces. No sé qué me pasó. ¿Vino a verme mi mujer?

## XVI

Niño.- Murió mi tío en condiciones que no le permitieron cumplir con su deseo. No fue un día memorable. Sus últimas palabras no fueron las indicadas para sus ansias de inmortalidad. Era invierno, habían prendido una fogata para calentarse mientras tomaban cervezas bien frías que sacaban de una hielera roja. Roja la hielera, me acuerdo. Yo estaba chamaco y me fui a dormir temprano, pero mis primos mayores que habían estado tomando junto con él, me lo contaron todo.

Como a las cuatro y media de la mañana, ya cuando el fuego de la fogata estaba casi apagado, se fueron todos a dormir. Ni tres horas durmió mi tío, se levantó muy tempranito, todo desgreñado y con la misma ropa del día anterior; se fue directo a la hielera que quedó a un ladito de la fogata que ya nomás era cenizas, tomó una cerveza bien helada, la destapó y de un trago se la tomó completa. Exclamó un largo suspiro de satisfacción y de inmediato sintió un dolor en el pecho, cruzó sus dos manos sobre el corazón y ya en agonía gritó.... Pero me detengo, me detengo aquí, porque está a punto de exclamar sus últimas palabras, aquellas que lo iban a llevar a la posteridad y quiero que ustedes lo vean y lo oigan

Tío.- Viene del fondo del escenario, destapa una cerveza, la bebe de un trago, cruza sus brazos y dice:

Ya me cargó la verga.

Niño.- Esas fueron sus últimas palabras: después se desplomó sobre el montón de cenizas todavía calientes. Cuando lo voltearon, aparte de verle la cara llena ceniza, le abrieron la camisa y pudieron ver un su pecho una enorme mancha rojiza y morada. El infarto fue fulminante y no tuvo tiempo de decirle los versos postreros a la posteridad.

Después, jugando, yo les decía a mis primos, “de perdida hubiera terminado su vida con una cuartetita, no sé, algo así como:

La vida es una monserga

ya me quiero despedir,

nada más he de decir

pues ya me cargó la verga.

Yo quise mucho a mi tío. Por eso les cuento su historia, para darle al menos un cachito de la eternidad a la que aspiraba, a través de la persistencia de su memoria, de su grato recuerdo, de su estupendo humor.

## XVII

Papá.- ¿Y dónde están mis otros hijos? No se aparecen por aquí, yo no los veo.

Vecino.- La gente aquí es muy argüendera, mitotera pa' mejor decir.

Mamá.- Pues lo dejó morir, y después eso mismo lo mató.

Esposa.- No he querido ir a verlo.

Ingeniero.- ¿No ha venido mi mujer?

Vecino.- Pues lo dejó morir, y después eso mismo lo mató. Eso dicen aquí los mitotereros. Mitotereros, sí. Que se fue secando de a poco, hasta ponerse enjuto, con la piel pegada al pellejo.

Mamá.- Deshijar. ¿Para que los otros crezcan sanos?

Esposa.- Él dice que quiere verme, pero sé que en el fondo es más grande la vergüenza que el querer. No va a querer verme a los ojos; si me le planto enfrente nomás al golpe de vista lo va a matar la vergüenza. Yo sé, por eso no voy.

Ingeniero.- Ya sé, ya sé, así era con todos, ocioso nomás, ahí se la pasaba gritando chivo, chivón, cuñado a todo el mundo.

Vecino.- De tanto cavilar en la muerte de su xocoyote, como él le decía, y en el destino de los otros cuatro, se fue secando.

Papá.- Desaparecieron nomás, inválido el sacrificio, de nada sirvió.

Tío.-  
Son cenizas sin sentido,  
no tienen razón de ser,  
y por eso es menester  
entregarlas al olvido.

Papá.- Eso quieren, que me olvide, que ya no piense en ellos.

Mamá.- Véndele la bicicleta.

Papá.-¿Para que los otros crezcan sanos?

Vecino.- Pues sí, terminó por no moverse, pero de ahí a que sea verdad lo que la raza cuenta, pues nomás no. Es una exageración.

Esposa.- Cuando me tiraba, con aquel enorme coraje, el cuerpo de Fabián vuelto cenizas, les juro que no sabía de qué me estaba hablando.

Ingeniero.- No sé qué me pasó, me volví loco.

Papá.- Unas bolsitas de ceniza nada más, eso quieren darme; es todo lo que me dicen que hay.

Vecino.- Que de tanto pensar, cuentan, el hombre dejó de comer, días metido en el pensamiento de su xocoyote y el destino de sus otros hijos. Se fue secando, se fue metiendo en sí mismo. Hasta que un día, perdonado por ya por su mujer, esta le llevó un caldito de gallina, pa' hidratarlo, para que algún bocado se llevara a la boca, y cuando lo empujó un tanto, según ella para despertarlo, el hombre se derrumbó sobre sí mismo, y quedó hecho un montoncito de cenizas, nomás eso. Esta gente, esto sí que es exagerar el mitote. Inventa cada cosa.

## XVIII

Papá.- De nada sirvió el sacrificio, la muerte de mi xocoyote. Soñé con ver crecer a mis otros hijos y ya ve usted. Si he sabido no vendo la bicicleta. Aunque lo mismo hubiera sido, con la cosa de que en lugar de cuatro me hubieran desaparecido a cinco.

Son buenos mis muchachos, así que no sé por qué me los esconden y no quieren que sepa nada de ellos, ni qué les hacen, ni dónde están.

Hasta me regañan cuando hablo así, cuando digo como dije ahorita “son buenos mis muchachos”; me regañan, quieren que diga “eran buenos mis muchachos”; eran, pues, ya no son, eso me quieren meter en la cabeza. Que ya están muertos, me dicen, que ya no los piense, que ya no tiene caso, que me resigne; que se los llevaron los mañosos, los narcos, pues, me dice el gobierno; y los de aquí me dicen que no, que fue el propio gobierno el que los mató. Los desapareció nomás, les digo yo, pero ya pronto me los van a aparecer otra vez.

Pero cuando voy por ellos a las oficinas, nomás me regañan, que no sea necio, que me olvide. ¿Pero cómo me voy a olvidar si son mis hijos?

De tanto que los jodo, y les pido, y les grito, y hasta los insulto a los hijos de su puta madre, los obligué a ir a la televisión; y ahí salieron, disque a explicarme, con unas bolsitas de ceniza y unos pedazos de hueso, a decirme que esos son mis hijos y que yo me lo tengo que creer, para que ya se me olviden. ¿Y por qué no se olvidan de su rechingada madre?

De los que sí decidí olvidarme es de ellos que no sirven para nada que no sea robar y joder; pero de mis hijos no voy a olvidarme nunca.

Aquí me voy a plantar, en la esperanza de verlos aparecer un día por el fondo del patio y correr hacia mí para abrazarme y decirme “viejón” como acostumbran decirme.

Por ahí van a aparecer un día, esa esperanza tengo, y en una de esas, juntos vamos a ir a cobrarnos tanto agravio, tanta pena, tanto desprecio.

Y si no hubiera vendido la bicicleta, ¿me hubieran dejado vivir al xocoyote? No estoy seguro, no estoy seguro de nada. Ya no sé. Yo aquí me planto en la esperanza, firme mi pálpito de que por ahí van a volver un día; porque esas bolsas de ceniza no son mis hijos. Mis hijos están vivos, y están aquí, en mi memoria.

Aquí me planto, aquí me planto.